



El clarín Roblet, sobre los muros del Fuerte de Guadalupe

"A los defensores de Puebla de Zaragoza 1862-1863"

DECRETO

II LEGISLATURA | 7 V 1863

La defensa de Puebla en 1862

Batalla del 5 de mayo

Comisión de Reglamentos
y Prácticas Parlamentarias
LVIII Legislatura

La vida de Zaragoza es digna del reconocimiento unánime. Nacido el 24 de marzo de 1824 en Bahía de Espíritu Santo, provincia de Texas, cuando este territorio pertenecía a México, experimentó las vicisitudes propias de una familia de soldados puesto que su padre, Miguel Zaragoza, era militar de carrera y siendo originario de Veracruz tuvo que trasladarse al norte, de allí a San Luis Potosí, Guanajuato, Matamoros, Monterrey y Zacatecas, a veces con su familia y a veces solo, de tal manera que el joven Ignacio cursó sus estudios y templó el espíritu en varios lugares, sobre todo en Matamoros y Monterrey hasta el año de 1853 en que ingresa a las Guardias Nacionales con el grado de sargento.

Al año siguiente se adhiere al Plan de Ayutla lanzado por el viejo general Juan Álvarez el 1o. de marzo de 1854 para destruir la tiranía y corrupción santanistas, habiendo participado el 23 de junio de 1855 en la toma de Saltillo y en la defensa de Monterrey un año después. Cuando Comonfort dio el golpe de Estado, en 1857, Zaragoza de inmediato secundó a los defensores de la Constitución en México, en Guadalajara

y en otras partes del interior del país, sirviendo a las órdenes de Jesús González Ortega con quien estuvo en la batalla de Calpulalpan del 22 de diciembre de 1860, ostentando ya el grado de general.

Entre 1857 y 1862 desplegó una actividad sin precedentes en defensa de las instituciones liberales, llegando a ser ministro de Guerra y Marina del 13 de abril al 22 de diciembre de 1861, fecha en que renuncia para hacerse cargo de la jefatura del Cuerpo de Ejército de Oriente, con cuyo carácter combatió al ejército francés prácticamente desde su entrada en suelo mexicano hasta la ciudad de Puebla, en cuyos fuertes de Loreto y Guadalupe fue detenido y derrotado por el invasor el 5 de mayo. De aquí en adelante Zaragoza trabajó arduamente para proseguir en la lucha contra la intervención francesa; pero enfermó de tifoidea y falleció el 8 de septiembre de 1862 en su cuartel de la ciudad de Puebla, hoy Puebla de Zaragoza en su honor.

Es uno de los héroes más admirados y queridos del pueblo mexicano. Todos los años se le honra al conmemorar la batalla del 5 de mayo; y además, su nombre se ha venido perpetuando a través de monumentos, calzadas como la salida de México a Puebla, jardines, escuelas y muchos otros establecimientos públicos.

*La defensa
de Puebla en 1862.
Batalla del 5
de mayo*

Transcribiremos el parte rendido el 9 de mayo de 1862 por Ignacio Zaragoza, general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, ya que, sobrio y conciso, es elocuente por sí mismo y describe en forma fiel la defensa de Puebla aquel 5 de mayo:

Sello que dice: República Mexicana.

Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las Cumbres de Acultzingo, llegué a esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte a U. El enemigo me seguía a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquella 2/a. Brigada de Caballería compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé como llevo dicho en Puebla. En el acto dí mis

capítulo vi

órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza que hasta entonces estaba descuidada.

Al amanecer del día 4 ordené al distinguido Gral. Co. Miguel Negrete que con la 2/a. División a su mando compuesta de 1 200 hombres, lista para combatir, y a su mando, ocupara los "espresados" cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo 4 hice formar las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque compuestas la primera de 1 082 hombres, la segunda de 1 000 y la última de 1 020 hombres, toda la infantería, y además una columna de caballería con 520 caballos que mandaba el Co. Gral. Antonio Álvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la Plaza de S. José hasta las doce del día a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozco.

A las 5:00 de la mañana del memorable día 5 de Mayo aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que había yo determinado y verá U., marcaba en el croquis adjunto: ordené al Co. Comandante Gral. de Artillería Coronel Zeferino Rodríguez que la Artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del Co. Comandante, militar del Estado Gral. Santiago Tapia.

A las 10: 00 de la mañana se avistó el enemigo y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una "hacia" el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4 000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de mil amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército Francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa mandando en consecuencia que la Brigada Berriozabal a paso veloz reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros a Caballo fuera a ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón Reforma de la Brigada Lamadrid para auxiliar los cerros que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al Batallón de Zapadores de la misma brigada le ordené marchase a ocupar un barrio que está casi a la falda del cerro, y que llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía

La Reforma

al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

El Co. Gral. Díaz con dos cuerpos de su brigada uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Álvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la Hacienda de S. José donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que la mía; mandé por tanto hacer alto al Co. Gral. Díaz que con empeño y bizarría los siguió y me limité á conservar una posición amenazante.

Ambas fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las 7:00 de la noche que emprendieron los contrarios su retirada a su campamento de la hacienda de los Álamos verificándolo poco después la nuestra a su línea.

La noche se pasó en levantar el campo del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo. Cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de 1,000 hombres entre muertos y heridos, y ocho o diez prisioneros.

Por "lemas" me parece recomendará U. el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío y por sí solo los recomienda.

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su Gral. en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

Las armas nacionales, Co. Ministro, se han cubierto de gloria y por ello felicito al primer Magistrado de la República por el digno conducto de U., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

capítulo VI

Indicaré a Ud." por último que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuvo la necesidad de mandar a las brigadas O'Horan y Carvajal a batir a los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo del Ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre. Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que a ella concurrieron.

Libertad y Reforma.

Cuartel Gral. En Puebla, a 9 de mayo de 1862.

I. Zaragoza. | Co. Ministro de la Guerra.

Méjico.

La defensa de Puebla en 1862, aquel memorable 5 de mayo que dio el triunfo a Zaragoza, provocó a su vez el reforzamiento del ejército invasor, replegado en Veracruz para esperar a los nuevos efectivos que enviaría Napoleón III con el propósito de conquistar a México.

*La defensa
de Puebla en 1863*

Ni por un momento en el alto mando del Cuerpo de Ejército de Oriente, se pensó que la batalla librada el 5 de mayo había asegurado el triunfo definitivo. Muy por el contrario, Zaragoza de inmediato procedió a reorganizarse y fortalecerse, para lo cual empezó a poner en práctica la idea de fortificarse en la propia ciudad de Puebla, tarea a la que estaba dedicado cuando lo sorprendió la muerte el 8 de septiembre de 1862. En su lugar fue nombrado general en jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente Jesús González Ortega, a quien la historia recuerda como el héroe de esta segunda defensa y de quien este año conmemoramos el centenario de su muerte acaecida el 28 de febrero de 1881.

El invasor se dirigió a esta ciudad, cuyo sitio inició a mediados del mes de marzo de 1863, luego que hubo recibido los contingentes enviados por el emperador.

La Reforma

Para esas fechas, el ejército encargado de defender a Puebla se componía de 22,206 soldados, 1,495 oficiales y 229 jefes que sumaban en total 23 930 hombres, organizados en cinco divisiones de infantería, una brigada suelta de la misma arma y una división de caballería. Tres brigadas integraban cada división, y tres batallones cada brigada. Los efectivos de Artillería eran 1,296 hombres agrupados en ocho brigadas de cuatro baterías.

En general, estas fuerzas estaban formadas por milicias que proporcionaron los estados de la federación, de tal forma que nuestro ejército se iba a enfrentar a otro muy diferente, extranjero, profesional y perfectamente entrenado para esta guerra. El propio general en jefe sólo por la fuerza de las circunstancias había abrazado la carrera de las armas; y como él, muchos de sus compañeros.

El Ejército Francés estaba integrado por 18,000 hombres de infantería, 1,400 de caballería, 2,150 de artillería, 450 ingenieros, 2,300 hombres de tropas de administración y 2 000 de tropas mexicanas, que sumaban en total una fuerza de 26,000 hombres.

Empezaron a salir de Veracruz en octubre de 1862, sin enfrentarse a ningún obstáculo, siguiendo para el efecto los caminos de Orizaba y Jalapa, con el general Forey al mando de la expedición, que con los efectivos descritos arriba se formaba de dos divisiones de infantería, una brigada de caballería, reservas de artillería, servicios administrativos necesarios y el material de sitio. Para el 4 de marzo las avanzadas de la columna de Bazaine, uno de los jefes, llegaban hasta Acajete, y las de Douay, cuatro días después tomaron Amozoc, así que para el 15 estos ejércitos ya se habían establecido en la hacienda de la Manzana, frente al cerro de Guadalupe, y entre el cerro de Amalucan y la hacienda de Álamos.

Puebla fue declarada por González Ortega en estado de sitio el 10 de marzo, haciendo salir de ella el 14 a los combatientes y a los fran-

ceses que allí residían. El invasor inició el cerco el día 16, para cuya maniobra dividió a su ejército en dos secciones, una que marchó por el norte y otra por el sur. Dice el general Díaz en sus memorias:

Cuando los franceses llegaron al frente de Puebla y comenzaron sus operaciones de sitio, destacaron una columna como de 10 000 hombres por nuestra izquierda y otra igual por la derecha, que marcharon todo el día, con la intención visible de envolver a la ciudad en una línea que iban estableciendo fuera de tiro de cañón, con intención también muy marcada de estrechar después su diámetro y tomar en la nueva línea posiciones definitivas...

La cabeza de cada una de las columnas que envolvían a la plaza, distaba de su centro y núcleo principal, diez o doce horas de marcha de día, y mucho más si se ejecutiva de noche por las acciones naturales del terreno, distando de nuestra línea de defensa dos tiros de cañón [...]

Además, los franceses cortaron toda relación entre el Cuerpo de Ejército de Oriente, sitiado, y el Cuerpo de Ejército del Centro, que se había acuartelado en San Martín Texmelucan al mando de Ignacio Comonfort y con la misión de proteger la introducción de víveres y municiones para los sitiados.

Dos meses había de durar el sitio, mismo que terminó con la rendición de la plaza el 17 de mayo, después de haber resistido la ciudad y sus defensores los ininterrumpidos ataques del enemigo, sin tregua alguna, combate tras combate casa por casa, calle por calle, manzana por manzana, extinguiéndose a cada momento las remotas posibilidades de triunfo y soportando con heroísmo rayano en el sacrificio la pérdida gradual de vidas, víveres y pertrechos, menos el patriotismo, de tal forma que el propio Forey decía a uno de los ayudantes de González Ortega:

Manifieste usted al general Ortega que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada hasta cierto punto y reprobada por la

La Reforma

civilización moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas por su tenacidad. Dígame usted que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad; que en Europa se acostumbra, según la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulación honrosa, que yo concederé al general Ortega y a la guarnición que ha llenado tan cumplidamente sus deberes [...]

La imposibilidad de que el cuerpo del ejército pudiese introducir víveres y pertrechos en la ciudad, al ser derrotado totalmente por el invasor el 8 de mayo, fue razón definitiva para que González Ortega, después de una junta de guerra con sus generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Antillón, Negrete, Alatorre, De la Llave y Mejía, tomara el acuerdo de concluir de un modo honroso con el sitio; romper el cerco saliendo el Cuerpo de Ejército de Oriente "con toda la majestad de un ejército que no huye"; o disolver los batallones, romper el armamento y entregar prisionero el cuadro de generales, jefes y oficiales. Se optó por esta última determinación, consignada en el documento siguiente:

Orden general del Cuerpo de Ejército de Oriente, del día 17 de mayo de 1863, a la 1:00 de la mañana.

No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía; a extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le hará el enemigo a las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa, y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza; oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe: que para salvar el honor y decoro del Cuerpo de Ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cua-

tro a las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido a las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la Patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor. A la misma hora el señor comandante general de Artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

A la hora ya citada, esto es, de las cuatro a las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, a cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando a los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimiento, defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron; y que por lo mismo, el citado señor general en jefe, se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, a cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va a ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino a la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora, toda ella con sus respectivos fuertes, se halla en poder del Ejército de Oriente; a excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las 5:30 de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente a las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales, de este ejército en el atrio de la catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros: en el concepto que respecto a este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros: y por lo mismo. los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente a su propio honor de militares y a los deberes que se han contraído para con la na-

ción. Los caudales que existen en la Comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De orden del señor General en jefe. El cuartel maestro general. Mendoza.

En la madrugada del día siguiente, González Ortega escribía a Forey:

Señor general: no siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería.

Queda, pues, la plaza a las órdenes de V.E., y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima conveniente las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio de Gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo, si pudiera, no dude V.E. que lo haría.

Acepte, V.E., etc.

Así culminó uno de los hechos de mayor heroísmo que registra la historia patria y que se recuerda en el zócalo de la ciudad de Puebla de Zaragoza, con el sencillo y significativo monumento en cuyos costados se inscribió la comunicación dirigida al jefe del Ejército Invasor por el general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente.